

Tengo que hacer una confesión. Soy un contador de historias que empieza a contar una historia y no se puede esperar que diga la verdad. La verdad me resulta imposible. Es como la bondad, algo a lo que se apunta pero que nunca se alcanza. Hace un año o dos decidí intentar contar la historia de mi propia infancia. Muy bien, me puse a trabajar. ¡Menudo trabajo! Empecé la tarea con valentía pero enseguida llegué a un punto muerto. Como cualquier otro hombre o mujer en este mundo siempre pensé que la historia de mi infancia sería absorbente e interesante.

Empecé a escribir. Durante un par de días todo fue bien. Me sentaba en mi escritorio y garabateaba. Yo, Sherwood Anderson, un norteamericano, en mi juventud hice esto y aquello. A ver, jugué al béisbol; robé manzanas en los huertos; empecé enseguida, como todos los chicos, a pensar en las chicas; a veces, por la noche, temía a la oscuridad. Qué tontería hablar de todo eso. Me dio vergüenza.

Y, sin embargo, había algo que me había gustado y de lo que no tenía por qué avergonzarme. La

infancia es algo maravilloso. La hombría, la sofisticación, es algo por lo que vale la pena esforzarse, pero la inocencia es de algún modo más dulce. Puede que la mayor sabiduría consista en conservar la inocencia, pero no es posible. Ojalá lo fuese.

En un restaurante en Nueva Orleans, escuché a un hombre explicar el destino de los cangrejos. «Hay dos tipos buenos», dijo. «Los busters son tan jóvenes que son dulces. Los cangrejos de caparazón blando tienen la dulzura de la edad y de ser frágiles».

Es mi fragilidad la que me hace querer hablar de mi juventud, una señal quizá de que me estoy haciendo viejo, pero me da vergüenza. Hay una razón para esa vergüenza. Toda escritura sobre uno mismo es egocéntrica. No obstante, hay otra razón.

Soy un hombre que tiene hermanos vivos que son fuertes, y me atrevo a decir tipos duros. Supongamos que mi fantasía es tener cierto tipo de padre o de madre. Ese es el único gran privilegio de ser escritor, que la vida puede recrearse constantemente en el campo de la imaginación. Pero mis hermanos, hombres respetables, pueden tener ideas bastante diferentes de cómo estas dignas personas, mis padres y los suyos, deben ser presentados al mundo. Los escritores modernos tenemos fama de atrevidos, de demasiado atrevidos, en opinión de la mayoría, pero a ninguno de nosotros le gusta que le aticen un sopapo o lo paren en la calle los viejos amigos o los parientes. La mayoría de nosotros no

somos boxeadores ni domadores de caballos. Un grupo bastante pobre, a decir verdad. César tenía toda la razón en detestar a los escritorzuolos.

Ahora bien, sucede que mis amigos y parientes ya han soportado mucho de mí. Siempre estoy escribiendo sobre mí mismo y arrastrándolos a ellos, recreándolos para adaptarlos a mi fantasía, y han sido muy tolerantes. Es realmente terrible tener a un escritorzuelo en la familia. Evitadlo si podéis. Si tenéis un hijo que se inclina en esa dirección, apresuraos a introducirle en la vida industriosa. Si se convierte en escritor puede dejaros en evidencia.

Veréis, si empezaba a escribir sobre mi infancia, tendría que preguntarme cuánto más aguantaría esa gente. Sabe Dios lo que podría hacerles una vez que cogiese carrerilla.

Seguí escribiendo y rompiendo. ¡Bah! Mi progreso era lamentablemente lento. En realidad, no podía crear un montón de pequeños lores Fauntleroys creciendo en un pueblo del Medio Este norteamericano. Si me pintaba demasiado bueno sabía que no funcionaría y si me pintaba realmente malo –lo cual resultaba tentador– nadie se lo creería. La gente mala, cuando te acercas a ella, es tan simplona...

¿Dónde está la Verdad?, me pregunté a mí mismo. Oh, Verdad, ¿dónde estás? ¿Dónde te has escondido? Miré bajo mi escritorio, bajo la cama, salí y busqué en la carretera, por un lado y por el otro. Siempre había estado buscando a esa bribona,

pero nunca había podido dar con ella. ¿Dónde se esconde?

«¿Dónde está la Verdad?». Qué pregunta tan insatisfactoria para verse obligado a seguir haciéndola, si eres un contador de historias.

Dejadme que me explique... si puedo.

El contador de historias, como ya debéis saber, vive en un mundo propio. Una cosa es cuando lo veis caminar por la calle, ir a la iglesia, a casa de un amigo, a un restaurante, y otra cuando se sienta a escribir. Mientras es escritor no pasa nada, salvo lo que cambia por obra de su imaginación, y su imaginación está siempre activa. Realmente nunca deberíais confiar en un hombre como ese. No lo subáis al estrado de los testigos durante un juicio por vuestra vida o vuestro dinero..., y poned mucho cuidado en no creer lo que dice bajo ninguna circunstancia.

Yo mismo, por ejemplo. Digamos que voy andando por un camino rural y hay un hombre corriendo en un campo cercano. Eso me sucedió una vez y menuda historia me monté con ello.

Veo al hombre correr. En realidad no pasa nada más. Está corriendo por el campo y desaparece por una colina, pero ahora atención. Puede que más tarde os cuente una historia sobre el hombre. Ya veréis cómo me invento una historia de por qué el hombre corría y cómo me creo mi propia historia una vez inventada.

El hombre vivía en una casa justo detrás de la colina. Seguro que había una casa allí. La inventé

yo. Tengo que saberlo. Caray, podría hacer un dibujo de la casa, aunque nunca la viese realmente. Vivía en una casa detrás de la colina y algo interesante y excitante acababa de suceder en la casa.

Os cuento la historia de lo que ocurrió con la cara más seria del mundo; creed lo que os cuento, al menos mientras lo estoy contando.

Ya veis cómo es. Cuando era niño esta facultad que tengo era un incordio. No paraba de meterme en problemas. Todo el mundo pensaba que yo era un pequeño embustero, y, por supuesto, lo era. Fui diez yardas más allá de la casa y me detuve detrás de un manzano. Había una colina que se elevaba suavemente y cerca de la cima un montón de arbustos. Una vaca salió de detrás de los arbustos, mordisqueó la hierba, sin duda, y luego volvió tras los arbustos. Era la hora de más moscas y me atrevo a decir que los arbustos eran un refugio para ella.

Me inventé un cuento sobre la vaca. Se convirtió para mí en un oso. Había habido un circo en un pueblo cercano y un oso se había escapado. Había oído a mi padre hablar de una noticia sobre la fuga en los periódicos. Le di a mi historia cierto aire de probabilidad, y lo más extraño de todo es que, habiendo inventado la historia, yo mismo me la creí. Pienso que todos los niños hacen este tipo de trucos. Funcionó tan bien que tuve a los hombres del vecindario rastreando el bosque durante dos o tres días con las escopetas al hombro, y todos los niños del vecindario compartieron mi miedo y mi emoción.